

El «Viaje de Turquía»: Los pros y los contras de la tesis 'Laguna'

Al maestro Lapesa, en testimonio
de admiración y gratitud.

La reciente publicación de un *Segundo Viaje de Turquía*, debido a la pluma de Emilio Garrigues¹, ha venido a recordarnos que aún quedan por despejar varias incógnitas relacionadas con el primero, anónima obra de un erasmista rezagado, y a la cual B. J. Gallardo tituló *Viaje de Turquía*², título que sigue estampándose adjunto al de su pretendido autor, Cristóbal de Villalón. El autor del bello prólogo del libro de Garrigues, nuestro insigne arabista E. García Gómez, dice de este primer *Viaje* que “es libro áureo del que aún queda tanto por decir”.

La obra en cuestión ha venido reeditándose en ediciones populares desde 1919, copiando la de M. Serrano y Sanz (1905)³,

¹ Madrid, Revista de Occidente, 1976.

² Gallardo debió de extraer el título del Ms. 512, hoy propiedad de doña María Brey. En el f. 85 r comienza la segunda parte, *que trata de las miserias de los cautivos de Turcos / y / de las costumbres de los mismos / haciendo la descripción de Turquía*. [V. en *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos* (Madrid, Rivadeneyra, 1863), páginas 726 b - 727 a.] A la amable condescendencia de la señora viuda de A. Rodríguez-Moñino debo la facilidad de haber examinado este Ms.

³ NBAE, II, *Autobiografías y memorias*. Serrano y Sanz utilizó para base de su edición el Ms. 529, moderno 3.871, supliendo las páginas defectuosas con otras del 63-95, ambos en la B. N.

y, según parece, cuenta de nuevo con buen número de lectores. Quizá los acontecimientos ocurridos en estos últimos años en la parte oriental del Mar Latino —el *Levante* de cruzados, comerciantes y corsarios— y el haberse hecho más asequibles los viajes para los españoles, hayan sido los factores determinantes de un renovado interés por esta obra. En fin de cuentas, debemos congratularnos de que esta pieza literaria, combinación habilidosa de autobiografía, reportaje, sátira y ficción, ocupe el puesto que merece entre otras muy leídas de su tiempo. Y es de esperar que tengamos en breve alguna edición comentada.

Cuarenta años han transcurrido desde que el eximio hispanista Marcel Bataillon impugnara la atribución del *Viaje* a Villalón en su monumental *Erasme et l'Espagne*⁴. Bataillon, al tiempo que razonaba su oposición a la paternidad del vallisoletano, exponía los argumentos en favor de su candidato, el médico y humanista segoviano Andrés Laguna. Dos años después de publicarse el *Erasmus*, comenzaron a aparecer sus contradictores: primeramente, en su recensión de la obra, el cervantista R. Schevill (HR, VII, 1939, págs. 93-116); después, en la década de los años cincuenta, R. Villoslada, S. J., en su artículo "Renacimiento y humanismo" de la *Historia general de las literaturas hispánicas*, II⁵; César Dubler en el tomo IV de su extensa obra *La 'Materia Médica' de Dioscórides: transmisión medieval y renacentista* —verdadera obra de romanos bibliográfica en torno a Laguna y al *Dioscórides*—⁶, y, finalmente, W. L. Markrich en su tesis doctoral —que dirigió J. F. Montesinos— sobre el autor, las fuentes y el contorno histórico del

⁴ M. Bataillon, *Erasme et l'Espagne* (París, 1937). Cito por la versión española de A. Alatorre, *Erasmus y España: estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, del Fondo de Cultura Económica (México-Buenos Aires, 1966).

⁵ Barcelona, 1951, págs. 317-425.

⁶ De los seis tomos que dedica C. E. Dubler a la *Materia Médica*, he consultado los tres últimos, *Laguna y su época*, *Glosario médico castellano del siglo XVI* y el que contiene *Índices y léxico* (Barcelona, 1955-1959). Una recensión de los t. I, III, IV y V puede leerse en BH, LVIII, 2, 1956, págs. 234-237.

*Viaje*⁷. En 1956, publica Bataillon los resultados de sus últimas investigaciones sobre Laguna y el *Viaje*, a la vez que analiza las obras de sus impugnadores. Posteriormente, nos ofrece una compilación en la que se incluyen nuevos hallazgos con las primicias de una edición comentada⁸.

En 1964 apareció en la *Revista de Filología Española* un extenso y documentado artículo titulado "Ficción y realidad en el *Viaje de Turquía*"⁹, debido a los profesores de Humanida-

⁷ William L. Markrich (antes, W. Ludwig Markreich), *The 'Viaje de Turquía': A Study of its Sources, Authorship and Background*, tesis mecanografiada presentada en la Universidad de California en Berkeley, en 1955. La disertación (187 págs.) fue dirigida por el llorado J. F. Montesinos. El servicio de publicaciones de la Universidad californiana me ha facilitado un microfilm de la tesis.

Markrich, nacido en Bremen, doctor *in Juris* por la Universidad de Génova, M. A. en Lenguas Románicas, ha examinado, al parecer, las principales fuentes alemanas e italianas que pueden respaldar su hipótesis de la que hablamos al final de este artículo: el autor debe ser un caballero de la Orden de Malta. Bataillon contesta a sus críticas en el ensayo que cito en n. siguiente. En *Erasmus* dice de la hipótesis de Markrich que "carece sencillamente de fundamento" (pág. 683, n. 42).

⁸ V. BH, LVIII, 2, 1956. En este número del *Bulletin Hispanique* se contienen: a) "Andrés Laguna auteur du *Voyage de Turquía*" á la lumière de recherches récentes"; b) V. Busacchi, "Gli studenti spagnoli di medicina e di arti in Bologna dal 1545 al 1575"; c) Laguna conteur á la première personne"; d) M. Bataillon, "Les nouveaux chrétiens de Segovie en 1510"; e) "Compte rendu des t. I, III, IV et V de C. E. Dubler, *La materia médica en Dioscórides...*". Del primer ensayo hay una versión española por A. Revilla, en *Estudios Segovianos*, IX (Segovia, 1957), págs. 4-66.

La recopilación, publicada bajo el título de *Le Docteur Laguna auteur du Voyage en Turquie* (París, Editions Espagnoles, 1958), comprende: a) "Nouvelles recherches sur le *Viaje de Turquía* (págs. 11-41); b) el a) de la entrada anterior (págs. 43-102); c) "Andrés Laguna, Peregrinaciones de Pedro de Urde-malas: muestra de una edición comentada" (reproducción del ensayo publicado en NRFH, VI, 1952, págs. 121-137; págs. 103-118); d) "Quelques notes sur le *Viaje de Turquía*" (págs. 119-127), más el indicado con c) de la entrada anterior. Añade también, entre otros textos, la carta de Laguna al embajador Francisco de Vargas (AGS, *Estado*, leg. 2.687, 2, f. 87), reproducida ya en RBAM, XIII, 1905, pág. 135).

⁹ RFE, vol. 45 (1962), págs. 89-160. Los hermanos Luis y Juan Gil van estudiando primero el itinerario de ida y vuelta de Pedro, desde su

des Luis Gil y Juan Gil, artículo en el que, a pesar de reconocerse que Bataillon “acalla las débiles protestas de sus adversarios con la poderosa orquestación de una sinfonía de argumentos”, ponen en duda las circunstancias que concurren en Laguna para atribuirle la paternidad de la obra, especialmente la cualidad de ser un helenista el enigmático autor. Con posterioridad a este valioso estudio, ha tratado el tema de la autoría J. J. Kincaid en su obra *Cristóbal de Villalón*¹⁰. En fechas más recientes, de nuevo Bataillon¹¹ y Franco Meregalli¹² examinan el problema de la redacción y transmisión de los cinco manuscritos conocidos y el de las partes inéditas y perdidas de la obra, respectivamente. Esto es, en resumen, lo más sustancial de la bibliografía que he examinado en relación con Laguna y el *Viaje*, si bien no debo omitir la excelente biografía del físico segoviano debida al Dr. T. Hernando, *Vida y labor médica del Doctor Andrés Laguna*¹³, incluida en el volumen que publicó

captura en aguas de Ponza hasta la llegada del prófugo al mar Jónico (págs. 94-126). A continuación analizan detenidamente la fraseología y léxico griego clásico y romaico del protagonista. La conclusión es que hay serias dudas sobre la condición de helenista del pretendido autor. Bataillon se refiere a este artículo (*Erasmus*, pág. 682, n. 42) diciendo únicamente que “estas glosas llevan a la conclusión de que el *Viaje* es superchería literaria, no autobiografía”. V. también mi comentario a este ensayo en este mismo trabajo, “El derrotero de Urdemalas a través de la Turcogrecia”.

¹⁰ J. J. Kincaid, *Cristóbal de Villalón* (New York, Twayne Publishers, 1973). Kincaid, apoyándose en argumentos de R. Schevill, rebate a Bataillon, defiende la tesis primigenia de Serrano y Sanz y da la alternativa a C. de Villalón para lidiar todos los toros literarios, desde *El Cróton* hasta el *Viaje*, con inclusión de todas las obras, seguras y probables.

¹¹ M. B., “Les manuscrits du *Viaje de Turquía*”, separata de Actele celui de-al XIIIlea Congrés Internațional de Lingvistică și Filologie Romanică (Bukuresti, 1971), págs. 37-41. A la gentileza de M. Bataillon debo la posesión de esta separata.

¹² “Partes inéditas y perdidas del *Viaje de Turquía*”, en BRAE, LIV (mayo-agosto 1974), págs. 194-201. Meregalli parece ignorar las conclusiones de M. B. a que nos referimos en n. precedente.

¹³ T. Hernando, *Vida y labor médica del doctor Andrés Laguna*, publ. en ES, XII (Segovia, 1960). Es justo mencionar igualmente el art. de Juan de Vera, “*Inveni portum*” (El Dr. Andrés de Laguna:

el Instituto Diego de Colmenares con motivo del IV centenario de la muerte del humanista y humanitario doctor (Segovia, 1959).

Como cuestión previa, es obligado el reconocimiento de la investigación y crítica de Bataillon sobre el *Viaje* y Andrés Laguna. El infatigable estudioso de nuestras letras ha desbrozado el camino, ha rectificado errores (corrigiendo, por ejemplo, al mismo autor de la *Historia de Segovia*, Colmenares) y, en suma, nos ha brindado una extensa bibliografía, a la que tenemos que recurrir para estudiar y comentar el *Viaje*, puesto que a cualquier aspecto que enderecemos nuestro análisis —manuscritos, temática, fuentes, autor— siempre encontraremos surcos trabajados por la poderosa reja inquisitiva del destacado crítico francés.

Pero debo confesar que, a pesar de la autoridad de tan ilustre valedor, su candidato Laguna, el médico segoviano —médico por profesión y por devoción a la humanidad—, el políglota traductor de Cicerón y comentador de Dioscórides y Galeno, el mismo que siente la miseria de una Europa cristiana desgarrada por las guerras “civiles”, el físico regio y papal, viajero permanente y supuesto peregrino de Santiago, escritor que condimenta con picantes dosis de humor sus parrafadas científicas, me parece, por lo que es dable adivinar a través de sus obras, un tanto alejado del críptico y desenfadado narrador que se hace llamar Pedro de Urdemalas. Aunque no admitamos que este “Pedro de Urde- / montañés famoso” (como le llama Cervantes), sea “tretero, taimado y bellaco” (según G. de Correas), sino un “Ulises cristiano *que solo urde ardides que cumplen a la salvación del camino*”, como recuerda Bataillon copiando las mismas palabras del real o supuesto cautivo, encuentro en la atribución al segoviano serias dificultades.

Admito que hay coincidencias innegables entre las características personales y profesionales de Laguna y las que dice poseer el anónimo autor; además me parecen sólidos varios argumentos de la tesis del erudito francés; pero hay otros puntos

—), Segovia, 1959, así como el ensayo del mismo autor en colaboración con L. R. Escorial, “Laguna y su obra”, 2.^a ed. (Segovia, 1959).

que merecen detenida consideración. El examen de algunos de estos puntos o premisas de su hipótesis me había inducido en principio a titular este ensayo *puntualizaciones*. He desistido porque, en realidad, estos párrafos no quieren ser más que una modesta contribución al examen de una de tantas incógnitas del *Viaje de Turquía*, la de su paternidad y las hipótesis propuestas.

Spes et fortuna valete.

Para comenzar, he elegido la segunda frase del epigrama grabado al pie de lauda de la familia Laguna en la segoviana iglesia de San Miguel: INVENI PORTVM: SPES ET FORTVNA VALETE: NIL MICH I VOBISCV M: LVDETE NVNC ALIOS. La frase escueta se halla, entre otros textos donde se reproduce, como colofón de la obra de Fr. Antonio de Guevara, *De los inventores del arte de marear y de los trabajos de la galera*¹⁵. Menciono la del obispo de Mondoñedo porque es probable que el autor del *Viaje* tomara de él más de una anécdota, entre ellas la de Vasco Figueira (f. 76 v; SSanz, pág. 77 a)¹⁶.

A los buenos oficios del párroco de San Miguel debo el haber examinado con detenimiento la losa sepulcral del doctor y la copia en cera de la misma que se guarda en la sacristía. Debo confesar también que, a pesar del adjetivo de “penumbrosa” con que Bataillon califica, en general, a la iglesia, tuve la suerte de verla en un mediodía de verano con luz casi cenital. Ante la losa sepulcral y teniendo a mano el comunicado de H.-M. Féret y

¹⁴ En un principio, los comentaristas del epitafio leyeron ALIO, sin reparar en que la última vocal contenía una S: la lectura correcta es, pues, ALIOS.

¹⁵ En *Las obras del ilustre señor don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo* ... (en Valladolid, por Juan de Villaquirán, 1545), fs. 203 v - 214 r, se cierra el capítulo con el epigrama citado. También en el *Menosprecio* ..., del mismo autor, cap. XVII, a propósito de una anécdota de Pericles.

¹⁶ En *Epístolas familiares*, ed. de J.-M. de Cossío (BSCE, X, carta 65, pág. 468): “Aquí yaze Basco Figueira / muyto contra su voluntade”.

el artículo de P. de Montera sobre la inscripción¹⁷, reparé en la circunstancia de que el blasón adjunto al epitafio es, según Colmenares, privativo del doctor Andrés Laguna. El escudo ostenta como único motivo figurativo una pequeña nao de tres mástiles, con las velas hinchadas por el viento y batida por las olas. En otras palabras, el navío está sorteando una *fortuna*, es decir, un temporal, una borrasca. Abundando en detalles, la pequeña navicilla me hacía pensar, por sus formas redondeadas y por las bocas de cañón que asoman por su banda de babor, en las naos capitanas que en la lengua franca panmediterránea se llamaban *bastardas*. En el palo mayor lleva desplegado un estandarte rectangular —extrañamente orientado a proa, contra el viento—, donde campea un águila bicéfala que puede referirse a las armas del Emperador o, simplemente, a su procedencia de un taller milanés o flamenco. Finalmente, en el castillete de popa un solitario navegante levanta sus brazos al cielo. El blasón muestra en sus ángulos superiores el sol y la luna, indudable representación del día y de la noche o, si se quiere, la claridad de la *spes* y la oscuridad de la incierta *fortuna*.

Interpretación más dudosa nos ofrece una figura jacobea colocada, a modo de cimera, sobre el yelmo que corona el blasón. Dubler lo interpreta como un Santiago peregrino (IV, 14), por referencia al padre de Laguna, Diego. Bataillon se pronuncia por un peregrino de Santiago (*Le Docteur*, pág. 18, núms. 18 y 19). Me inclino por esta segunda interpretación porque, además de las razones que expone el hispanista francés, encuentro indudable paralelismo entre el nombre *Andrés Laguna* y *andra politropon* (πολύτροπον). En efecto, en vez de la acepción de "multiforme" que adopta Serrano y Sanz, según se desprende de *πόλυ* y *τρόπος*, la voz se copia en el *Viaje* en la significación

¹⁷ *Erasmus*, pág. 681, n. 33. En la nota se hace referencia al artículo del P. H.-M. Féret y M. B., "A propos d'une epitaphe d'André de Laguna", en *Humanisme et Renaissance* VII (1940), págs. 122-127. En la apostilla del P. Féret se escribe ALIIS; en Bataillon, ALIOS. El epigrama pudo haberse copiado del sepulcro de Francesco Pucci, en Roma.

En el mismo número, P. de Montera (págs. 309 y 311) nos aclara quién es F. Pucci, "Librero Maior de Ferrante de Aragon. Vix. Ann. XLVIII... Obiit Die XXIV Augusti/Anni M. D. XII."

que tiene en la *Odisea*: “hombre que va de un lugar a otro”¹⁸. A un lado y a otro de la figura del peregrino se extienden dos filacterias, cuya leyenda transcribo más adelante.

Inevitablemente, asocio la imagen de la nao con la palabra *fortuna*, reiterativamente escrita en el *Viaje* (fs. 75 v a 80 v; *fortunoso* viento, f. 85 v), hasta el punto de que Mátalas Callando exclama: “¡Oh pecador de mí!, ¿aún no son acabadas las fortunas?”. Que el epitafio fuese o no copiado del sepulcro de Francesco Pucci en Italia no altera mi propósito, pues lo esencial es que la decisión de adoptarle corresponde al médico segoviano. Y no hay duda que la voz *fortuna* en un contexto de *inveni portum* con el motivo heráldico de una nave debe referirse a la acepción marinera. La palabra figura ya desde mediados del siglo XIII en documentos de la isla de Rodas y, según el glosario de Kahane-Tietze¹⁹, se extiende desde Venecia hacia el sur y sureste del Mediterráneo. Y es también Venecia una de las ciudades mejor conocidas de Laguna, puesto que allí permanece en 1548 y de nuevo en 1554. Allí publicó su *Epitome omnium Galeni operum*, la *Vita Galeni* y las *Annotationes in Galeni interpretes*²⁰. En Venecia fue, según conjetura de Baillaillon, donde recibiría noticias sobre Turquía, y desde allí se proponía embarcar para el Oriente próximo, como ya indicó Col-

¹⁸ V. en A. Bailly, *Dictionnaire grec français*, 16eme. ed. (París, Hachette, 1960), s. v. *πολύτροπος,-ον*, 2.^a acep.: “2p. *suite*: qui erre ça et là, qui parcourt mille lieux divers, Od., I, 1; 10, 330”.

Por otra parte, D. Dimitrakos nos da la clave para englobar los tres apelativos de Apatilo, Panurgo y Polítropo en el concepto de *astuto, industrioso, engañador*.

(Δ. Δημητράκων Μέγα Λέξιον Ἑλληνικῆς Γλώσσης, 7): ὁ πολύτροπος, ὄν = πανοῦργος, δόλιος; δόλιος, = fourbe, rusé, trompeur (Od., 4, 455; Bail.) ἀπατήλιος = trompeur, mésonger (Od., 14, 127; Bail.).

¹⁹ H. y R. Kahane y A. Tietze, *The 'Lingua Franca' in the Levant*, University of Illinois Press (Urbana, 1958), n.º 305, págs. 225-228.

²⁰ Para la bibliografía de Laguna, me he servido de la lista de obras que publica T. Hernando (ob. cit. en nota 13). Las tres obras que menciono llevan el mismo pie de imprenta: Venecia, 1948 (n.ºs 21, 22, 23 y 25, págs. 113-114). Del *Epitome operum* cita Hernando hasta cinco ediciones. La anotada al n.º 21 está dedicada a don Francisco de Bobadilla y Mendoza, obispo de Coria, a quien sirvió Laguna como médico durante su estancia en Italia.

menares. En Venecia fue disuadido de su propósito por el embajador español en esta ciudad, Francisco de Vargas. Insisto en la mención de la bella ciudad del Adriático porque me parece clave para el análisis que expongo en lugar oportuno.

Los cinco 'traits déconcertants'.

Con toda esta acumulación de ideas y símbolos, el navío sorteando una *fortuna*, Andrés Laguna-peregrino, Venecia como fondo y los Salmos 24,4 y 142,10 grabados en las filacterias ("Muéstrame tus caminos, Señor, y tu Espíritu me encaminará"), no hay más remedio que considerar seriamente la tesis de Bataillon. Pero el infatigable investigador encuentra cinco convergencias más, que llama *traits déconcertants* (pág. 100): a) Este *mystificateur caché*, que herboriza en Nicomedia, es identificado por Mátalas como *hijo de partera*, *primo de barbero* y *sobrino de boticario* (f. 37 v); b) nuestro héroe ha pasado por las cortes de los mayores príncipes del mundo (f. 45 v); c) Pedro sabe seis lenguas (f. 84 r); d) Urdemalas se doctora en Bolonia, como Laguna, y e) el excautivo se propone servir a Dios en los pocos días que le quedan por vivir (f. 96 v). A estos cinco rasgos añade el ilustre crítico otras tres coincidencias, entre ellas la del *jarabe rosado* que el médico de fortuna aplica en la ficción como el galeno segoviano a su ilustre cliente, cardenal Mendoza.

En cuanto a la primera coincidencia, no he podido autenticar lo de 'partera' y 'barbero' (Colmenares nada nos dice al respecto). La condición de 'boticario' podría ser más aceptable, pero, en conjunto y aunque Pedro confirma el aserto de Mátalas, en principio hay que tomarlo como chanza, en el mismo tono en que Pedro se bautiza como *hijo de Maricastaña* (f. 15 r) o *sobrino de Celestina* (f. 62 v). De la misma manera creo que Serrano y Sanz fantaseó sobre la primera frase seguida de "... que está a diez leguas de aquí" para inferir que la patria de Villalón podría ser Villalón de Campos o Valbuena de Duero (*Ingeniosa comparación*, SBE, pág. 23).

Respecto a las lenguas que poseía o entendía el astuto Pedro, eran, según se desprende de sus propias palabras, además de la materna, el latín, el griego, el turco y el italiano. No podemos afirmar que dominara el francés. De Laguna puede decirse que conocía bien seis, pero nada sabemos en cuanto al turco. Las voces y frases que leemos en el *Viaje* parecen filtradas por el italiano (*La Mecha, perrochano, carbunchico*). Admitimos la coincidencia de ser seis las lenguas, pero no las mismas.

Aceptamos la tercera de las concordancias en el sentido de que Laguna ha prestado sus servicios como médico del papa Julio III o asistiendo como consultante en Toledo durante la enfermedad de la Emperatriz en 1539. Más difícil es dar crédito a las palabras del protagonista cuando asegura a sus camaradas hospitaleros que se ha doctorado en Bolonia, la *dotta e gentile* ciudad de la Emilia güelfa y papal.

Dice Urdemalas que los *medici* de Bolonia le reciben de doctor “después de haberles hecho *una plática de suplicacionero*” (f. 96 v), y por añadidura le condonan el pago de algunos derechos. La palabra *suplicación* se presta, según su doble acepción, a dos interpretaciones. Covarrubias define *suplicación* como “memorial que se da al Papa” y “memorial que se da suplicando”; pero también define *suplicaciones* (plural) como “oblea plegada, golosina de niños” (*Tesoro*, f. 35 r), con el mismo significado que tiene en la comedia del mismo título cervantina: “Hacia suplicaciones, / suplicaciones vendí / y en un día diez canastas / todas las jugué y perdí” (jorn. I). Lo lógico e inmediato es interpretar la palabra en su primera acepción, pero ¿y si Pedro está jugando con el vocablo? Pedro no *escribe* un memorial, sino que *platica*, y esta *plática* les parece bien a los doctores bononienses. En cualquiera de los dos casos, Pedro recibe el doctorado de una manera bien gratuita para mayor gloria de su ciencia y menor honra de la rancia universidad emiliense. Esta misma facilidad llamó la atención de Schevill, quien escribe así (y traduzco) en su comentario: “Pedro habla muy a la ligera del grado de doctor otorgado en Bolonia, y, como antes, en un tono estudiantil, no con el respeto del que ha recibido el honor y ha enseñado en aquella institución, como hizo Laguna”

(ob. cit., pág. 110)²¹. Markrich subraya también en su tesis que “a characteristic feature of Laguna’s style is the courtesy with which he speaks of his fellow physicians and farmacologists” (pág. 104).

Que Laguna estudió en Bolonia y se doctoró allí en 1545, nadie lo pone en duda ya después de leer la relación de V. Busacchi (BH, LVIII, 2, 1956, pág. 195), confirmando lo que ya había dicho Colmenares; y admitimos también la transposición de fechas (Pedro de Urdemalas en 1556, según el cómputo de Bataillon, *LD*, pág. 90). Lo que nos da que pensar es, por parte de Pedro, el presentimiento de la proximidad de su muerte, expresado a renglón seguido de sus palabras sobre el doctorado: “... con el cual estos pocos días que tengo de vivir pienso servir a Dios lo mejor que pudiere”. Bataillon, pensando en Laguna - Urdemalas, ve al médico segoviano, ya con los cabellos grises, en su último viaje terrenal hacia los lares patrios²². Pero ¿por qué se siente viejo *en la ficción literaria* este Pedro relativamente joven? ¿Acaso porque las penalidades del cautiverio le han llevado a una senectud precoz? Fuera de las obligadas e hiperbólicas frases de la dedicatoria, al lector le queda la impresión de que Pedro no lo ha pasado del todo mal en su cautiverio y, gracias a su astucia, ha capeado bien los temporales de todo género. Según sus palabras, no estuvo presente en la defensa de Castilnovo, en 1538, lo cual puede interpretarse como que aún no era soldado. Tampoco podemos colegir cuánto tiempo estuvo separado de sus compañeros; Mátalas dice a este respecto “más ha de cuatro años que os teníamos con los *muchos*”

²¹ Bataillon sale también al paso de esta objeción recordando que en Bolonia se concedían grados a los estudiantes extranjeros eximiéndoles del examen y condonándoles del pago de los derechos (*Le Docteur Laguna ...*, pág. 178, n. 34).

²² *Erasmus*, pág. 682. Bataillon, en el último párrafo de la biografía de Laguna se refiere a él como *fatigado humanista*. Sin duda, el *invenitum portum* nos sugiere que el andariego doctor estaba preparado en 1557 para oír la hora suprema. El problema es averiguar si este viejo o envejecido humanista segoviano —nacido solamente en 1511— era la misma persona que escribió o retocó el borrador de una relación de aventuras imaginarias en aquella fecha y por qué, a los cuarenta y seis años, dice *en estos pocos días que tengo de vivir*.

(f. 15 r). ¿Qué significa este *muchos*? ¿Es uno de tantos errores del amanuense, 'muchos' por 'muertos'? ¿Era el fingido Urdemalas un mando naval viejo, o un marinero joven?

Hasta aquí, conjeturas, rasgos desconcertantes, leves indicaciones de coincidencia, convergencia o concordancia. Nada documentalmente definitivo podemos exponer frente a la hipótesis de Bataillon. Pero aún queda el escollo más difícil de superar: la comparación entre el lenguaje de la obra lacunense y el del *Viaje. Lengua* de Laguna, *habla* de Pedro. Lengua común a los hombres de ciencia, lengua escrita, *código*, en una palabra. Por otra parte, habla coloquial, modo verbal de comunicación entre compadres o condiscípulos con un repertorio de voces común, circunscrito a un medio geográfico determinado o a un estrato social, es decir, un *mensaje*²³. Y no, en este último caso, porque el subrepticio personaje sea un simple rústico, ayuno de ciencia aunque rico en experiencia, sino porque este exalumno del licenciado Alcántara y de *El Pintado* quiere hablar así, a lo llano de Castilla la Vieja, según expresión de su tiempo. Pero este Urdemalas nos da lecciones de buena narrativa cuando quiere. Su recia personalidad cuenta con elementos de juicio suficientes para juzgar la soberbia de sus compatriotas, la rapacidad de los administradores de hospitales, la bobalicona superstición del culto de las reliquias, la rudimentaria ciencia de los médicos y cirujanos y, en fin, la palabrería memorística de los latinistas seguidores del *Antonio*, los mismos *qui latine garriunt, corrumpunt ipsam latinitem*, como decía el Brocense.

El léxico de Laguna y la 'lingua franca' panmediterránea.

En su recensión del *Erasmus*, proponía Schevill "el cuidadoso examen de los muchos elementos folklóricos y populares antes de pronunciarse por la candidatura de Laguna". Bataillon asiente a estas palabras y escribe: "puisse-t-il nous valoir un jour des études vraiment approfondies de l'expressions dans les

²³ Copio los términos de *código* y *mensaje* de A. Martinet, *Éléments de linguistique générale* (París, 1960), en su versión castellana de J. Calongue (Madrid, Gredos, 1965), pág. 34.

deux oeuvres!" (BH cit., pág. 123). Sin embargo, nos recuerda que "un escritor no tiene un estilo que puede caracterizarle —como las huellas digitales caracterizan a un individuo—, sino que maneja, según las ocasiones y los temas, *varios estilos* (subrayado) y varios vocabularios" (LD, 44). Es incuestionable que un tratado de farmacopea y medicina no es lo mismo que un humorístico coloquio sobre la vida de un cautivo y su periplo imaginario (según Bataillon). Mucho más si el autor tiene el deliberado propósito y la extremada habilidad de esconder su estilo por el tópico tan gastado de que el estilo es el hombre.

Se comprende también que Urdemalas no incluya a Alemania entre sus tierras conocidas para no despertar sospechas precisamente en estos años del 57 al 60 (el Ms. 3.871 está fechado —y tachado— en 1557), en que se descubren y desarticulan los focos protestantes de Valladolid y Sevilla. Pero, recíprocamente, se hace cuesta arriba el admitir que el autor exhiba unos conocimientos de medicina por los cuales se pudiera colegir que el galeno en la ficción es un físico en la realidad, porque si a esta fanfarrona exhibición se añaden rasgos inevitables de estilo, anécdotas contadas de la misma manera, modismos y refranes coincidentes, etc., el autor estaría quitándose la careta. O tendremos que admitir que el repertorio de voces de la medicina no es tan extenso como para inferir que el autor sea médico. Esta parece ser la postura de C. Dubler, Kincaid y, en primer lugar, la del mismo Schevill²⁴.

Me parece, pues, lícito poner en parangón las voces que constituyen el material léxico del *Viaje* con el acervo lingüístico lacunense. Puesto que las palabras forman el cañamazo sobre el que se teje la secuencia de juicios y pensamientos, será útil formar repertorios de voces referidas a objetos de conocimiento

²⁴ Schevill, art. cit., págs. 109-110: "He mentions no specific remedies of his profession in detail unless it be such a well known as the laxative scamonea".

La terminología de medicina y farmacia galénica que emplea el autor del *Viaje* no es sino una mínima parte del *Glosario médico del XVI* que nos da C. Dubler (ob. cit., IV). En el mismo se han recopilado 940 voces, tomadas de unos 30 autores de obras científicas y literarias en textos escritos entre 1493 y 1611. (Cf. también Kincaid, ob. cit., cap. VI, 3, repitiendo los argumentos de Schevill.)

que el protagonista-narrador trata con más extensión, descartando, por supuesto, aquellas que se refieren a Turquía y los turcos (segunda parte del *Viaje*), y que el autor pudo haber tomado de entre más de un millar de libros sobre el Imperio Otomano²⁵. Encuentro particularmente extenso lo relativo a la medicina, el quehacer de artesanos, la enseñanza de las lenguas y la navegación.

Concretándome a la experiencia marinera del autor, consustancial con la temática de su narración, he reunido hasta 92 voces. He aquí una selección de las que considero más específicas de la gente de mar, como la denomina Pedro :

- a) *la nave en sus variedades*: bajel, bastarda, batel, bergantín, capitana, caramuzal, (es)corchapín, fragata, fusta, galera; armada.
- b) *la nave en sus partes*: áncora, antena, árbol, ballestera, banco, banda, cámara, fogón, popa, proa, remo, timón, trinquete, velas.
- c) *mandos y tripulación*: almirante, arráez, beglerbei, cómitre, cómitre real, corsario, chacal, chusma, levente, morlaco²⁶, patrón, piloto, remador, sotacómitre.
- d) *acciones*: agotar, alivianar, amainar, amarrar, armar, dar careña, dar caza, dar al través, desarmar, despalmar, echar al remo, echar áncoras, empegar, tomar tierra; presa.
- e) *avituallamiento*: bastimento, bizcocho, galleta, mazamorra; barril, chipichape, gabetta, pipa.

²⁵ Las obras sobre el Islam y Turquía sobrepasan, entre 1500 y 1600, los dos millares de ediciones de libros y opúsculos, debidos a casi 200 autores conocidos y anónimos, según la recolección de Carl Göllner, *Turcica: Die europäischen Türkendrucke des XVI. Jahrhunderts*, I y II (Bucarest-Berlín, 1961-1968). Entre los libros y opúsculos reseñados figuran los de los españoles G. de Arredondo, Lope de Obregón, Luis Vives, Juan Martín Cordero, A. Laguna, Calvete de Estrella, Pedro de Salazar, V. Díaz Tanco de Fregenal y Vicente Rocca, todos ellos anteriores a 1558.

²⁶ La 4.^a edición de Austral, plagada de erratas, escribe *mortales* (pág. 225). La palabra *morlacos* designa a los bucnavoyas y remeros voluntarios de las flotas del Gran Turco. La voz se deriva de *Canale della Morlacca*, que separa de la costa dálmata las islas Veglia y Pago. En los primeros tiempos de su servicio en las naos venecianas tenían fama de depredadores y piratas.

- f) *artillería a bordo*: artillero, bombardero, botafogo, cañón, carretón, culebrina, escopeta, esmeril; lombardazo, salva (de artillería), serpentín; hundir (fundir)²⁷.
- g) *en la marina*: escala, maestranza, magacén, muelle, tarazanal, pasaje²⁸.
- h) *medidas*: braza, palmo.
- i) *accidentes geográficos y temporal*: fortuna, mar muerta, seno, sirte.

La suma total de voces excede sensiblemente al número de las que podrían agruparse entresacadas de las autobiografías de Alonso de Contreras o de Diego Duque de Estrada²⁹ y sobrepasa en mucho al repertorio marinero de *El amante liberal* o la historia del Cautivo. Algunas de ellas, como *maestranza* y *muelle*, deben considerarse recién llegadas a la lengua en 1557, si damos por válida la primera documentación que registra Corominas (BDELC), lo cual supone el uso de las mismas por un hombre que ha navegado con marineros foráneos. El autor se vale del artificio de la pregunta por Mátalascallando para recordarnos que ciertas voces eran novedad en el léxico castellano para los hablantes de tierra firme: “¿Qué quiere decir cómi(t)re?”, “¿Qué es mazamorra?”, “¿Qué llamáis bajel?”. O es el mismo Urdemalas quien aclara los términos: “... una pequeñita (vela) ... que llaman trinquete”.

Aunque la relación anterior no sea prueba suficiente de que el narrador fuera hombre de mar, hay que concederle la circunstancia de ser muy familiar con las cosas del mar y de la galera, característica ésta que no podemos endosar con plena

²⁷ La voz *hundir* parece haber extrañado a *Gil* (págs. 104-105); v. al propósito lo que comento en *infra*, pág. 22.

²⁸ Algunas de estas voces están documentadas en Corominas (BDELC, 2.^a ed., 1967) con posterioridad a 1557. *Muelle*, en 1591; *maestranza*, 1734. Otras, como *esmeril* (doc. en 1555), solamente como “sustancia empleada para trabajar el vidrio”, sin que se aluda a la acepción de “pieza de artillería”.

²⁹ V. en *Autobiografías de soldados*, ed. de J. M. de Cossío, BAE, 90 (Madrid, 1956), págs. 77-247, para A. de Contreras; 255-484, para las memorias de Diego Duque de Estrada. Contreras emplea voces comunes al *Viaje*: *caramuzal*, *magazén*, *antigualla*, *bizcocho*, *ataujia*(da).

evidencia al doctor Laguna. Además hay que añadir en favor del autor del *Viaje*, mejor dicho, en su hoja de servicios marinera, las frecuentes alusiones a la Orden de Malta, la descripción de un derrotero (aunque con errores que examinamos más adelante), la mención nominal de capitanes y corsarios más o menos conocidos, el recuento de prisioneros, las costumbres de galeotes, morlacos y leventes y la datación exacta de hechos históricos ocurridos en y desde el mar. Ello explica por qué el doctorando americano sugiere en su disertación que en la correspondencia de la Orden de Malta podría hallarse la solución del enigma de la autoría (Markrich, pág. 175).

¿Qué hay en la obra latina o castellana de Laguna y en su carta autógrafa, de este léxico marinero? Muy poco, excesivamente poco. Ni en las anécdotas intercaladas en el *Dioscórides*, ni en el *De Turcarum origine ... perioche*, ni en las otras castellanas que, naturalmente, son ajenas al tema, se halla un repertorio que pueda desmentir que Laguna era sólo un viajero en tierra firme, en la *terra firma* veneciana, el ser ajeno a las cosas del mar. El episodio que se intercala en el *Dioscórides* (I, 145) y que Bataillon copia, significativamente, después de su comentario sobre "Laguna narrador en primera persona" es quizá la única anécdota *con sabor de mar*, reproducción de la versión latina de su comentario al *De virtutibus* de Aristóteles.

El *Viaje* nos descubre a un autor que ha estado en Venecia. Urdemalas parece negarlo, puesto que al explicar a sus camaradas cómo está construida esta singular ciudad, y explicado con tanto detalle, dice "se lo pregunten a los esclavos de Sinán y de Barbarroja (*cautivos* es la palabra) que nos hicieron trabajar en hinchir más de cien cajas"; es decir, que ha traspuesto a Constantinopla lo que ha visto en Venecia. Y sigue describiendo la ciudad "donde todo es mar, sino las casas, y adonde quiera que os queráis ir os llevarán por un dinero en una barquita más limpia y entoldada que una cortina de cama" (f. 92r). El ambiente marinero de Venecia, su *tarazanal*, sus *muelles*, sus *magacenes*, sus *bateles* y *fragatas* como las *fustas* y *caramuzales* de las presas hechas a los otomanos, las gentes de mar que iban a contratarse con la *Serenissima*, *morlacos*, *chacales* y *leventes*, están presentes en el coloquio, aunque no

se localicen en lugar alguno dependiente de la Señoría, sino en Nápoles, Mesina o Zaragoza (Siracusa). (Laguna menciona el *Arsenal* de Venecia; Pedro, el *tarazanal* de Gálata.)

Por el contrario, en el léxico de Laguna, si descartamos las voces que son de dominio común y del habla de todos los días (*nave, navegación, vela, marinero, barca*), apenas reunimos tres o cuatro, *antena, arsenal* (en la carta a Vargas), *esquiife* (*Diosc.*, II, 6) y *magazén* (íd., I, 12), que pueden considerarse como usadas en sus variantes por turcos y griegos del Levante. De la lengua franca son, en cambio, la mayor parte de las que he alistado entre las del *Viaje*.

Con el cotejo anterior quiero subrayar que si bien es cierto que no hay razón para poner en parangón una obra científica con una ficción novelesca, por motivos obvios de sus diferencias en carácter, intención y estilo, los materiales léxicos, las palabras que envuelven conceptos e imágenes con los que se ha sido familiar por algún tiempo, surgen espontánea e inevitablemente y habría que suponer en el autor un esfuerzo sostenido y permanente para evitar que las voces descubran al usuario.

Volvemos a insistir en lo que hemos dicho antes. No nos sorprende que Laguna ocultase su estancia en tierras tocadas por la Reforma o en Venecia, ni que oculte su origen segoviano o nos haga pensar en un burgalés o en un paisano de Villalón. Tampoco es óbice para la atribución a Laguna el hecho de haber escrito en los años finales de su vida una obra de pasatiempo que contrasta con el formalismo científico de su versión y comentarios del *Dioscórides*. Admitimos que el físico segoviano tenía un gran sentido del humor y una habilidad singular para contar en primera persona historietas tomadas del acervo folkló-

³⁰ Esta carta parece ser el único documento autógrafo de A. Laguna (AGS, *Estado*, leg. 2.687, 2, f. 87, reproducida en RABM, XIII (1905), pág. 135), cit. en *supra*, n. 8. Aunque esta breve misiva familiar no nos permite llegar a conclusión alguna sobre la lengua del doctor, sugiere ya algunos rasgos de estilo, como la matización por el diminutivo, el uso de aumentativos, la grafía latinizante en las consonantes duplicadas, etc., rasgo este último que contrasta con las del *Viaje*; y desde luego, como reconoce Bataillon, la caligrafía descarta la posibilidad de que Laguna fuera el autor del Ms. 3.871.

rico. Admitamos también que poseyera, como irónicamente dice el P. Villoslada, “la genialidad de crear una pieza literaria con trozos de librillos insignificantes y oscuros” (ob. cit., págs. 379-380), si bien *no tan oscuros* (subrayado mío). Lo que nos desconcierta es que Laguna, al que suponemos con la curiosidad intelectual de un humanista viajero, no nos revele en su obra más que un interés —extraordinario, eso sí— por la botánica, la terapéutica o la política. Su curiosidad por otras manifestaciones del quehacer humano deberían hacerse patentes en tratados o pasajes más extensos y profundos que su epítome, por ejemplo, sobre Turquía, el cual me parece un tanto libresco, y, en consecuencia, disponer de un repertorio de voces similar al que encontramos en obras de viajeros como Nicolás de Nicolai, Belon du Mans o Busbecq. Especialmente las cartas de este último son una verdadera joya del género epistolar por su penetración psicológica, su información y su amenidad ³¹.

Hasta aquí hemos evitado hablar de *lengua* y nos hemos ocupado de su léxico. El análisis minucioso del lenguaje de Laguna nos obligaría a extendernos considerablemente. Además, en el plano fonológico, y puesto que admito que Laguna no ha sido el autor de ninguno de los manuscritos existentes, no nos diría nada el cotejo del habla del segoviano con la de los anónimos amanuenses, por ser la transcripción de éstos un tanto burda y asistemática, con excepción del escriba toledano. Pero no podemos por menos de destacar que si Laguna dictó el *Viaje* o fue el autor de un borrador perdido, la persona que escribía

³¹ Ogier Ghiselin de Busbecq, *Omnia quae extant opera* (Ed. Graz, 1968). En esta edición se incluyen las cuatro cartas sobre su embajada cerca de la Sublime Puerta, de entre las cuales, la primera de ellas se publicó aparte bajo el título *Itinera Constantinopolitanum et Amasianum*. La B. N. posee de esta última, si no me equivoco, cuatro ejemplares, entre ellos la versión española de Esteban López de Reta (Pamplona, 1610; sign. R-14.324). Markrich parece haberse servido de la edición inglesa de C. T. Forster y F. H. B. Daniell, *The Life and Letters of Ogier Ghiselin de Busbecq*, I y II (Londres, 1881), para confirmar la autenticidad de las noticias que sobre los turcos nos da el *Viaje*. Sus editores ingleses afirman —sin duda, con exageración— que “apenas hubo autor tan popular como Busbecq en los siglos XVII y XVIII” (Introducción, pág. 2).

al dictado o copiaba fue poco fiel a la tendencia de Laguna a escribir rectamente, sin excesivos vicios de construcción o distorsión de la sintaxis. No es frecuente en Laguna componer frases tan dislocadas como “una caldera grande como de tinte hacían cada día de acelgas” (f. 30 v), o “ninguna palabra oyen de los superiores buena” (f. 37 r). Lo mismo se podría decir de pasajes donde se abusa del *que*, la preposición *en* por *a* indicando dirección (“fuime en Santiago”), el *de* por *que* en la comparación en numerosas cláusulas (“más de para el substentamiento de aquel día” (f. 12 v), amén de otros rasgos de lengua y estilo que ya señaló Dubler (IV, págs. 361-364) y que invalidan otras evidentes analogías existentes entre el *Viaje* y las obras del doctor. En resumen, creo que el estudio comparativo de la lengua en ambos autores no será el hilo de Ariadna que nos lleve a la salida del laberinto. Y no está de más añadir algo que nos habíamos dejado en el tintero: Laguna podría suscribir tranquilamente el largo preámbulo de la dedicatoria del *Viaje*, de la misma manera que su anónimo autor podría firmar la mencionada carta del segoviano a Francisco de Vargas.

El pleito de los Arias Dávila.

Otro de los senderos que nos conducen indirectamente a Laguna es, según Bataillon, la existencia de una primera fase segoviana en la redacción y transmisión de este Ms. 3.871, según se desprende de ciertas indicaciones marginales escritas, al parecer, con posterioridad a su terminación. Mis observaciones a este respecto cristalizaron en las conclusiones que expongo a continuación.

Hay indicios de que el Ms. citado fue retocado y modificado uno o más años después de la fecha que figura al pie de la dedicatoria, primero de marzo de 1557, y que, como hemos dicho antes, tiene el numeral tachado. El crítico francés también ha dado cuenta de ello razonada y extensamente (*LD*, págs. 45 a 51). Quién sea el autor de la modificación y cuándo la llevó a cabo es incógnita que difícilmente se descubrirá en el futuro. De lo que no hay duda es que este Ms. ha estado en manos de

algún miembro de la familia segoviana de los Arias Dávila, descendiente de Diego Arias “convertido de judío y fundador de un mayorazgo”. Este Diego figura a la cabeza de un árbol genealógico que consta en el primer folio de uno de los legajos que contienen el historial de un largo pleito, sustanciado en la Chancillería de Valladolid y que concierne a los Arias Dávila (AHN, Consejos, leg. 43.635).

El pleito en cuestión surge por la propiedad y posesión del condado de Puñonrostro, creado por el Emperador y vinculado en la persona de Juan Arias Dávila en recompensa por la ayuda prestada al partido imperial en la revuelta de las Comunidades. Este Juan Arias, nieto de Diego (y distinto de Juan Arias Dávila, obispo de Segovia), lega el condado a su hijo Pedro Arias de Mendoza. Muerto éste sin sucesión, pasa a su hermanastro Juan Girón, quien a su vez no tiene descendencia, por lo que el mayorazgo y el condado se vinculan a Juan Bautista Arias Girón. Este titular casa dos veces: la primera con doña Juana Ortiz, de quien no tiene descendientes y es repudiada por él; la segunda, con doña Beatriz de Baena, alias de Salcedo, que le da por heredero a Juan Arias Portocarrero. Al pretender de Roma y de la Chancillería que sea anulado su primer matrimonio, con el manifiesto propósito de legar el condado a su único hijo, es demandado por Arias Gonzalo (*sic*, en el leg.; para Bataillon, Gonzalo Arias Dávila, pág. 50, n. 6), hijo de Pedrarias Dávila, el tristemente famoso gobernador de Castilla del Oro y juez inflexible de Vasco Núñez de Balboa, y por otro Pedrarias o Pedro Arias, primo de ambos Juan y Gonzalo. Finalmente, por ejecutoriales de Roma, en 1603, se declara nulo el segundo matrimonio del Arias Portocarrero y la Chancillería se pronuncia en favor de Francisco Arias Dávila, hijo de Arias Gonzalo, “quien al presente, posee el mayorazgo”. En el pleito figuran seis Pedrarias y otros seis Juan Arias.

Entre los numerosos testigos que deponen en el pleito y que proceden de diferentes localidades de las provincias de Madrid y Toledo y de la ciudad de Segovia, no he hallado el nombre de Laguna. Pero el físico segoviano sabe del pleito, puesto que en la dedicatoria de una de las obras de Galeno, *De Theriaca*,

contenida en el *Epitome Galeni Pergameni Operum*, dirigida a Arias Gonzalo, se leen estas palabras:

“Illustri Admodum, atque ornatissimo viro, D. D. Ario Gonzalo, Comiti Pugni in Rostro, Andreas Lacuna segobiensis, Doctor Medicus, Miles S. Petri, Salutem. *Galenii Commentarios De Theriaca et De Antidotis* ex tam longa lite et controversia defatigatum, varia eorum lectione, dulcissimaq(ue), oblectarem; contra iudiciarias et molestias, atque ingentes difficultates (quae optimorum ingeniorum veluti deleteria et exitalia venena existunt) ... illius ferventissimi amoris, quae optimus pater meus prosequabatur olim totam familiam vestram, officiq(ue) mei in tuam amplitudinem, futurum veluti monumentum quoddam perenne, aequi boniq(ue) consulere. Vale. /Venetiis, Calendis Aprilis, M. D. XLVIII.”³².

Los protocolos, memoriales y demás documentos fueron a parar a manos del quinto Conde de Gondomar, Joaquín María Enrique Enríquez de Toledo, ... y Dávila, etc., Escribano Mayor de Rentas, Regidor de Valladolid y Protector de la Inquisición. El índice de su biblioteca lleva la fecha de 1806, en que debieron de pasar a engrosar los fondos de la Biblioteca Real. De ahí que Bataillon sugiera que un rastreo entre los documentos de la biblioteca del conde pudiera dar una pista segura para descubrir al autor del *Viaje*. Por otra parte, no deja de ser significativo que entre los títulos reseñados en el catálogo de la Biblioteca de Palacio figuren la obra de Menavino, dos de Laguna (*Catilinarias* y el *Dioscórides*, ed. 1570), la *Historia* de Vicente Rocca, dos de Villalón (*Cambios y contrataciones* y *El*

³² *Epitome Galeni Pergameni operum, in quatuor partes digesta ... per Andream Lacunam Secobiensem, Equitem Auratum, Medicum Iulii III ... Venetiis, 1548.* (Ejemplar en el archivo de la catedral de Segovia, sign. B-97, Ct. 82.) (*Galenii Commentarios de Theriaca et de Antidotis*, págs. 1.270-71.)

Parece, pues, que en este litigio Laguna estaba de parte de Arias Gonzalo y de su padre Pedrarias Dávila, mientras que las acotaciones marginales hacen pensar en un enemigo de éste u otro Pedrarias, hijo de Arias Gonzalo. Aún hay otros dos Pedrarias más, pero hay que descartarlos porque sus pretensiones al mayorazgo datan de fechas posteriores al año 1550, al menos en teoría.

Scholástico), la *Historia de los Turcos*, de Sansovino; las *Pe-regrinaciones* (*sic*) de N. de Nicolai; el *Origen de los Turcos*, de Spandugino; más otras de C. Vegelio, P. Vertelio y un anónimo *Viaje de Turquía* (f. 39 r), al lado de otro titulado *Apo-tegmas y Proverbios glosados*, “manuscrito” (f. 23 a). Con esto queda abierto un portillo a la probabilidad de que un habilidoso “componedor” tejiese con retazos de tantas obras sobre Turquía y los turcos un sustancioso viaje imaginario. Y en este caso cobra relieve la hipótesis de Bataillon.

Volviendo a las acotaciones a que nos hemos referido, éstas son cinco: cuatro llevan el nombre íntegro o abreviado de *Pedrarias* (fs. 35 v, 36 v, 48 v y 50 r) en línea con frases donde figura la palabra *judío* o *judíos*; otra dice *para el mi Alonsito* (f. 47 v). La última de las cuatro primeras es una dura recriminación: “... y aquellos judíos debían urdirle alguna muerte; y no se fiase en que era más poderoso que ellos, que a Cristo, con ser quien era, ellos le mataron ...”. Enfrente de *el mi Alonsito* la línea “Ello era tan amargo ...”, por referencia a la *geraphliga logadion*, amarga pócima que, según Bataillon, “était forcément familier à un spécialiste de Galien”. (Bataillon sigue diciendo “en tout cas, le terme est technique”, *LD*, págs. 81-82, n. 24)³³. Esto nos llevaría a una digresión sobre la autenticidad de la profesión del tal de Urdemalas, a la cual ya nos hemos referido líneas más arriba.

Las notas marginales nos hacen pensar en un Juan Arias Dávila o adicto a él que tuvo a mano el Ms. 3.871 y que motejaba a Pedro Arias de judío (“dijo la sartén al cazo ...”). Pero ¿de cuál de los Pedrarias se trata? Por un momento pensé que la elección de los nombres de Pedro de Urdemalas/Pedro Arias y Juan de Voto a Dios/Juan Arias, podría tener una significación simbólica con relación al pleito, sobre todo por el antisemitismo que destila el coloquio cuando Urdemalas refiere sus disputas con los médicos judíos de Sinán Bajá. Pero habría

³³ A la *geraphliga* o *gera logadion* (*jiraphliga* en el Ms. toledano) se alude ya en el *Codex Calixtinus*, según nos dice J. Uría en *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, t. I, cap. VI, “Aspecto médico” (Madrid, CSIC, 1946-49), págs. 443-44, n. 112. V. también *Gil*, páginas 144-146.

que buscar otro de los pleiteantes en paralelo con Mátalas Callando para que lo vivo igualase a lo pintado. ¿Sería éste el tal Arias Gonzalo? Deseché la idea porque no encontraba sentido al hecho de que el protagonista reciba el mismo nombre que el "odiado" Pedrarias. No obstante, puede sugerirse que una tercera persona ajena al pleito haya forjado un diálogo y bautizado a los interlocutores con unos folklóricos apelativos que nos hacen pensar en los quevedescos personajes de *La visita de los chistes*. Y más tarde el mismo autor u otra persona quiso borrar referencias enojosas y disfrazó a sus personajes con los nombres de Apatilo, Panurgo y Polítropo, que, por cierto, nos remiten a los curas vallisoletanos del canto XVIII de *El Cróton*, Aristeneto, Zenotemo y Alcidas³⁴. El autor del trueque se cansó pronto de la sustitución (f. 13 v) y volvió a poner en escena a los caracteres primitivos, aún sin haber aparecido Polítropo en el coloquio.

En resumen, tampoco esta senda está tan despejada para llegar a descubrir al bien escondido autor.

El derrotero de Urdemalas a través de la Turcogrecia.

Para llegar a la conclusión de que el *Viaje* es una superchería literaria, compuesta de "un roman facétieux d'aventures médicales" (LD, pág. 84) más la descripción de un derrotero imaginario, es preciso detectar la fuente o fuentes de donde el fantástico navegante tomó el dato verdadero o falso de los que nos suministra en la descripción de su itinerario³⁵. Y puesto

³⁴ No estoy sugiriendo que C. de Villalón tenga vela en este entierro. Desde hace tiempo se da por descartado que el vallisoletano sea autor incluso de *El Cróton*. Aunque así fuera, el *Viaje* está a muchas leguas de distancia de la sibilina prosa que intercambian en sus diálogos Micilo y el Gallo: ni por su estructura, ni por su lengua, ni por la teoría gramatical que sostiene Villalón, pueden adjudicarse a un mismo autor ambas obras. (Cf. con la *Gramática Castellana*, ed. facsimilar y estudio de Constantino García, Madrid, CSIC, 1971.)

³⁵ Todavía está por diseñar un mapa del itinerario de Pedro de Urdemalas en su viaje de cautivo y de prófugo. Acompañando a este trabajo adjunto una esquemática derrota según las noticias que nos da el

que en la noticia de Italia el viajero está de acuerdo con la realidad, lo que procede es comprobar si son verdaderas sus informaciones sobre el Levante griego dominado por los turcos. Y es en esta parte del *Viaje*, desde su fuga de Constantinopla hasta la llegada al faro de Mesina, donde el narrador confunde más a sus comentaristas. Y para que el lector pueda comprobarlo, citaré en lo sucesivo por una de las últimas ediciones de bolsillo (Austral 4.^a, 1965, págs. 118-166)³⁶.

Ya he dicho antes que la derrota de Urdemalas ha sido examinada etapa por etapa en el artículo de Luis Gil y Juan Gil (n. 9). Sus comentarios, respaldados por una selecta bibliografía, constituyen una valiosa contribución al estudio del *Viaje*; y a ellos he recurrido para anotar la edición que he enviado a Ediciones Cátedra. Mis conclusiones son, en definitiva, las mismas, es decir, que hay una parte de invención novelesca y otra que parece un auténtico diario de a bordo en la narrativa y descripción de Pedro. Sin embargo, echo de menos cierto material bibliográfico que les hubiera evitado su extrañeza ante lo que escribe el protagonista, material que, en parte, añade más credibilidad a su relato. Me refiero a la ausencia, entre las obras consultadas, de la cartografía de la época, algún vocabulario del siglo XVI español y algún otro glosario de terminología naval.

Se preguntan los Gil cómo es posible que un helenista —en el caso de Laguna u otro que se le parezca— pase por alto la descripción de Atenas, no se acuerde, por ejemplo, de Hero y Leandro ante Sexto y Abido o confunda Santángelo con Puerto Coalla: en otras palabras, su parquedad de información ante el fabuloso mundo heleno. Verdaderamente son omisiones o errores poco justificables. Ya desde la confusión de Babilonia con Ca-

protagonista, a sabiendas de que las contradicciones y errores del mismo hacen muy difícil trazar con exactitud este periplo real o imaginario. El perfil del ámbito turco-griego está calcado de un mapa actual (S. Salinas, 33.^a ed., 1960), pero la nomenclatura se copia de la del *Viaje* y se ha contrastado con la de los atlas de A. Ortelius y de J. Blaeus (v. *infra*, ns. 40 y 41). Gil acompaña a su artículo mapas de Grecia y de la Calcídica sin trazar el derrotero.

³⁶ En el Ms. que seguimos, fs. 62 v a 86 v; en NBAE, II, páginas 61 a - 88 a.

padocia por parte de Pedro (f. 30 r, pág. 51) seguimos leyendo con la sospecha de que hay en el relato una buena dosis de superchería. Pero en casos como la omisión de una descripción de Atenas está en consonancia con la situación de cautivo en que se encuentra el narrador, puesto que en la ficción se ve la capital del Atica como desde una cuerda de presos o cadena de galeotes. Hay que tener en cuenta que abundan los escritores de los siglos XVI y XVII que no son muy explícitos en la descripción de ciudades, monumentos o ruinas de mayor o menor interés arqueológico. Cervantes, por ejemplo, no menciona El Escorial entre casi cinco centenares de topónimos, a pesar de vivir en el tiempo de su construcción, consagración y alabanza por historiadores y "otros ingenios de esta Corte". Sus descripciones más extensas, las de Roma, Sevilla o Toledo que contienen algunas de sus obras, no son precisamente las que podría darnos un profesional o persona interesada o documentada en las Bellas Artes. Por otra parte, no hay desprecio alguno en la calificación de *antiguallas* (Gil, págs. 130-131, n. 1) que Urdemalas aplica a los "pedazos de edificios antiguos" de Pér-gamo y de Delos (págs. 159 y 164). El mismo sustantivo emplea en sus memorias Alonso de Contreras³⁷, como anteriormente los traductores de Vitrubio, y Ambrosio de Morales:

"Celio Rhodogino lo q(ue) trata en el libro de *Antiquarum lectionum* es muy necessario para tener noticias de Antiguallas"³⁸.

Y A. de Morales, en *Antigüedades de las ciudades de España*, escribe:

Merecía estar esta tumba en Roma en medio de las más preciadas antiguallas que hay allí ..."³⁹.

³⁷ *Memorias* (BAE, 90), pág. 194.

³⁸ Lázaro de Velasco, *De Architectura de Vitruvio* (Ms. en la Biblioteca Pública de Cáceres), f. 9, repr. en F. G. Salinero, *Léxico de Alarifes*, Madrid, 1968, 39.^a).

³⁹ A. de Morales, *Antigüedades* (repr. de S.-Cantón, *Fuentes para la historia del Arte español*, V, 350).

Más serios son los errores geográficos del narrador. He aquí algunos:

“... y de allí pasamos por Sexto y Abido y entramos en la canal de Constantinopla, que es el Helesponto, y fuimos a Gallipol y a la isla de Mármara...” (pág. 50).

“JUAN: ¿Dónde está Gálata? ¿Por ventura es la que Sant Pablo dice «ad Galatas»?”

PEDRO: Creo que no, porque ésa es junto a Babilonia. Ésta se llamaba en otro tiempo Pera, que en griego quiere decir dese cabo” (pág. 51).

Ni en el *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius (1570), ni en el atlas de Joan Blaeus (1624, 1664) se identifica a los Dardanelos con “la canal de Constantinopla”. En la edición inglesa del Ortelius (Londres, 1606) se lee: “Peter Gill hath most exactly described Bosphorus (the Latins call it Stretto di Constantinopoli; the Greeks now, Laimon; the Turks Bagazin, and the city Constantinople)”⁴⁰.

Respecto al segundo de los errores, es incomprensible que un navegante o mercader, y menos un botánico residente en Venecia, pudiera confundir Capadocia con Babilonia. Sólo podría explicarse este gazapo geográfico por una distracción del copista, que ha olvidado por un momento la descripción o el mapa de la Anatolia, según se nos muestra en la *Cosmographia* de Münster (Basilea, 1955, lib. III, pág. 994; a este *auctor damnatus* nos remiten unas palabras escritas por diferente mano en el Ms. citado, f. 133 r, en un latín algo pedestre: *huic descrip-*

⁴⁰ Ortelius, lám. 91. En la edición de Austral que venimos utilizando, y a propósito de la descripción de Constantinopla (pág. 264), se vuelve a insistir en que el Helesponto “es una canal de mar, la qual corre desde el mar Grande, que es el Eugino, hasta el mar Egeo, pero Ortelius rotula *Dardanelli* y *Mar de Marmora*; Diego Homen (1561), *Mar Mara* y *Dardanelo*.

Por otra parte, Ortelius declara que su fuente de información ha sido Belon du Mans en su libro I, junto con las noticias suministradas por un médico español, Albacar o Albacarius, enviado por Busbecq a Lemnos para obtener ejemplos de *terra sigillata*. (Ort., ob. cit., pág. 90; v. también Busbecq, IV, ed. Graz, pág. 372.)

tioni lege Sebastianū). En las primeras palabras de esta descripción el narrador vuelve a englobar en la denominación de Helesponto a los Dardanelos, el Bósforo y el mar de Mármara (pág. 264), diciendo que aquél es “una canal de mar la cual corre desde el mar Grande, que es el Eugino, hasta el mar Egeo”. Augerio G. de Busbecq es más atinado y preciso:

“Redeo nunc in Pontum, quem Turcae *Caradenis* vocant, hoc est mare nigrum. Demittit se per angustas fauces in Bosphorum Thracium; ubi multis vorticibus et flexibus occursum promonteriorum agitatus, itinere unius diei, descendit Constantinopolim; ibique paribus poene angustis erumpit in *Propontidem*”⁴¹.

Otro de los errores es la confusión de la isla de Taso o Thassos con una de las llamadas Esporades del Norte, la de Schiatho o Skiatos (pág. 128), “que está a dos leguas y media de la Caballa” (hoy, Kavala). Bataillon cree que la clave de este error de toponimia está en un pasaje de Belon (*Observations*, I, f. 41 v), donde se describe el paisaje que se divisa desde la cima del Monte Athos “en el cual uno de los promontorios de esta *península* se designa bajo el doble nombre de Cassandria y de Schiatho y en un contexto que permite hacer de ella una isla” (LD, pág. 88). Luis y Juan Gil, que ponen en duda que Belon haya sido fuente de información del autor, no encuentran justificación para este error en un conocedor de la topografía del Egeo. Por mi parte, no encuentro difícil la explicación si se consultan los atlas que he citado.

En el Atlas de J. Blaeo o *Geografía blaviana*, diseñado por vez primera en 1625, se dibuja como isla al más occidental de los tres brazos de la Calcídica (BNM, GM-899, lám. s. n., *Macedonia, Epirus et Achaia*). En otra edición posterior del Atlas de J. Blaeo (Amsterdam, 1663, reimp. de 1967, vol. II, láms. 61 y 63), la isla está unida a la Calcídica por un estrechísimo istmo, donde está emplazada la pequeña localidad de Nea Potidea. En una y otra ediciones se llama Cassandra a esta península (o isla) y golfo de Cassandra o *kolpos Kassarandas* se llama al accidente

⁴¹ Busbecq, ob. cit., pág. 61.

de mar que separa los brazos occidental y central de la Calcídica. Se confirma también por la rotulación del portulano o mapa de Diego Homen (1561) que publicó el Instituto Histórico de la Marina recientemente (1973).

Tanto en los atlas ilustrados de Blaeo como en el *Theatrum* de Ortelius, figuran un puerto llamado *Sidero* y una ciudad en tierra firme continental (no en el istmo), rotulada como *Sitrocapsia*, que es, sin duda, la Siderocapsia de nuestro héroe. Belon du Mans —que también copiaba lo suyo y que él mismo confiesa en el capítulo primero de su libro— nos dice que “Siderocapsa (*sic*) est situé en Macedoine ioignant Seruie” (f. 44 v). No hay duda en este caso que se trata de la actual Sidirocastron. Pero las ilustraciones literarias de Blaeo no dejan duda respecto a la real Siderocapsia. Al sureste de Salónica —Thessaloniki para los griegos de hoy— hay otro punto denominado Crissos. Al norte de La Caballa, otro punto está rotulado Fornaxe, es decir, “horno”. Por todo lo cual se desprende que la región comprendida entre la Macedonia occidental y el cabo Sidre (en el derrotero de Contreras) era zona de minas y que el mineral de las *fodinae* (veneros) de Leunclavius (*Annales*, pág. 221) se transportaba en *caramusales* y *escorchapines* al puerto de Sidero y de allí, por tierra, a Siderocapsia; de ahí que la moneda de oro y plata (*aspra maiora*) recibiese el nombre de *siderocapsios*. Belon o Belonius ha sido, pues, la fuente de información para Blaeo, Ortelius y Leunclavius (quien lo cita mal, I, 221), y es probable que lo fuera también para el autor del *Viaje*, aunque con poca escrupulosidad por parte de éste.

En cuanto a *caramuzal*, *caramusal* o *caramusali*, hay algo que poner en claro. Por lo que a su etimología se refiere, Leunclavius, en su *Historiae Musulmanae Turcarum*, coincide con el compuesto turco *kara-mürsel*, al definir el término como *nigrum sanctum* (pág. 877). Efectivamente, una de las dos acepciones de *kara* es ‘negro’ (la otra es ‘país’, ‘territorio’); *mürsel* es ‘enviado’, ‘mensajero’. Y a la entrada del golfo de la antigua Nicomedia —hoy İzmit— hay un puerto fortificado que lleva ese nombre. Lo problemático es si el nombre de este tipo de embarcación es anterior o posterior a la erección de la ciudad

fuerte, construida en preparación para el asedio a Constantino-
pla, antes de 1453. F. Olesa Muñido, especialista en historia na-
val, dice de este tipo de nao: "El caramuzal fue, entre turcos
y berberiscos, el velero corsario por excelencia. Rápido, ma-
niobrero, bien protegido y bien armado, hizo honor, si la etimo-
logía que se le atribuye es cierta, a su nombre"⁴². El mismo
autor añade en nota correspondiente a este pasaje (I, pág. 275,
n. 783): "Se dice que equivale a *viento negro*: evocadora re-
ferencia a su velocidad y a la muerte que causa".

Del *corchapín*, *escorchapín*, *scorciapino* o *scorciapanno* sa-
bemos menos. Es posible que se tratase también de un barco
ligero, como los subsiguientes *filibotes* y *galeonchetes* contempo-
ráneos de Lepanto, de un porte de cien toneladas y con aparejo
de vela. Puede ser que la voz se relacione con el italiano *scor-
ciare*, 'acortar', por su tamaño o por su forma recortada, en
contraposición con la *bastarda*, "grossa galea di forma redonda,
con ampia poppa" (Kahane, n.º 83, pág. 100). Según Olesa, se
le menciona ya en 1541⁴³.

Parece que ha sorprendido a Gil el verbo *hundir* ("... donde
se hunde ¿para qué?", pág. 105) que emplea Urdemalas en
tres contextos (págs. 129, 130 y 199). *Hundir* es una de tantas
permutaciones de /f/ por /h/ en Urdemalas (*hervor*, *hebrero*,
halda, contra *feno*, *fasta*). Así es la grafía en los traductores
de Vitrubio, M. de Urrea y L. de Velasco, y en el mismo La-
guna (*Dioscórides*, 1570, V, 44).

Hay también, entre otras noticias más o menos confirmadas
como exactas, otros aparentes errores que podrían justificarse
por la cartografía mencionada. En otros casos parecen distrac-
ciones del copista o rectificaciones de alguna fuente sin haberla

⁴² F. F. Olesa Muñido, *La organización naval de los Estados me-
diterráneos y en especial de España durante los siglos XVI y XVII*, t. I
(Madrid, Editora Naval, 1968), pág. 275, n. 783. También en Kahane-
Tietze, s. v. *paramuselli* (n.º 467, pág. 336), con distinta significación y
de origen veneciano. En Duque de Estrada (BAE, 90, 476 a), en A. de
Contreras y otros, *caramuzal* parece aludir a un buque mixto, de carga
y de guerra.

⁴³ Olesa, ob. cit., I, pág. 273; C. Fernández-Duro, *La Armada In-
vencible*, I, doc. 7 (Madrid, 1884), pág. 252.

verificado escrupulosamente. Respecto a las noticias sobre Troya, se explican de igual manera por los mapas de Ortelius y de Blaeus. No sabemos en qué noticias se inspiraron sus cartógrafos para forjar esta fantástica topografía; desde luego Belon no es el responsable del error, a pesar de que se le cita reiterativamente en los comentarios que acompañan a las láminas. En la carta de Ortelius (lám. 91) se localizan en la Anatolia, frente a la isla de Sío (*sic*), una *Troia Nova* y otra *Troia Vechia*, entre la ciudad de *Pergama* (*sic*), en las márgenes de un imaginario río *Girmasti* (Bakir, para los turcos de hoy) y la de *Smirne*. Más al norte, donde Schliemann exploró la auténtica ciudad de La Iliada, hay otra *Troya* (con *y*) y que es, sin duda, la que Pedro llama *Ilío*, tomando a Illion por ciudad y a Troya por reino.

La ruta desde Samos hasta la extremidad meridional de la Morea presenta otra doble incongruencia, señalada por Gil (págs. 123-125). En primer lugar, no se puede navegar desde Samos a Milo dando un salto de volatinero; tampoco se puede ir desde Sira a Çerigo y de allí a las islas que llama Paris y Necsia (*Viaje*, pág. 104). Pero ambos errores son explicables. Nuestro navegante quiso escribir *Micono* en lugar de *Milo*, y entre Micono y Milo forjó la combinación *Micolo*. Vuelve a errar de nuevo llamando Çerigo a la isla de *Sérifos*. De este modo se explica la ruta Samos-Míkonos-Dilos-Siros-Sérifos-Paros y Naxos. Finalmente, identifica al cabo Santángelo (Ákra Ténaron o Matápas, de hoy). En el Atlas de J. Blaeus (II, lib. VII, 72 b) se lee:

“Il y a plusieurs Albanois dans la Morée & quelques autres lieux de Grèce: où ils se sont retirez à l'occasion des guerres ou bien y ont esté transportez par les Empe-reurs Grecs.”

Nuestro viajero emplea el verbo *tomar* en lugar de 'cazar' por la increíble domesticidad de estas codornices, según explica para satisfacer la curiosidad de sus asombrados camaradas, extremo éste que confirma Busbecq (carta III), aunque el flamen-co se refiere a las de la isla de Chío.

Estas breves apostillas al comentario de Gil sobre la odisea

de Urdemalas no es óbice a nuestra convicción de que el pseudo protagonista no conoce de hecho los parajes por donde navega. Puede admitirse, sin embargo, que su relato es un conjunto de verdades comprobadas y errores involuntarios, y que el narrador escribió sus memorias una vez que hubo terminado su odisea, sirviéndose de libros que tenía a mano como una especie de hilo de Ariadna o guía para asir más firmemente los recuerdos que iban desdibujándose en el desván de su memoria (“... as a kind of Leitfaden to corroborate his own fading memories”, Schevill, HR, 109), procedimiento que, por lo demás, es habitual entre autores de reportajes y novelas históricas.

Pero el autor tiene el compromiso ante sus posibles lectores de mostrar *que él solo vio todo lo que escribe*, según afirma en la dedicatoria, y, en consecuencia, se documenta lo mejor que puede, menciona personajes coetáneos, nos da fechas verificables y apela incluso a documentos de la valija diplomática. Sus transgresiones de la verdad parecen a veces distracciones de un copista; a veces también son silencios impuestos por la ignorancia de la arqueología, la geografía o la historia.

La tesis de un probable autor caballero de la Orden de Malta.

Contrariamente a lo que postula Bataillon, W. Markrich afirma rotundamente que el *Viaje* es una autobiografía: según sus palabras, un *autorretrato* (pág. 172, Conclusiones). No cabe aquí extenderse en el examen, punto por punto, de la tesis del profesor germano-americano; nos limitaremos a destacar los argumentos que parecen más sólidos para apuntalar su tesis.

Empezaremos por señalar nuestras discrepancias con algunos de sus juicios, o al menos falta la evidencia meridiana para sostener afirmaciones como que el autor escribiera de su puño y letra el Ms. que hemos citado, que el diálogo tiene lugar en Valladolid y que la manera de tratar despectivamente a sus “colegas” y conciudadanos excluyan a Laguna. Estamos de acuerdo también con Bataillon en que el autor de la tesis incurre en ingenuidades como la de tomar en serio una semblanza humorística del Papa que hace Pedro ante una pregunta necia de Má-

talas (pág. 173: “Es de hechura de una cebolla y los pies como cántaro. La más necia pregunta del mundo; ...”). O la de considerar *blasphemical* una cita del Nuevo Testamento para apoyar su afirmación de que el narrador fue testigo y actor de todo lo que escribe (dedicatoria, pág. 14).

Markrich infiere de su análisis del *Viaje* que su autor era un joven segundón de una casa noble española (pág. 95), estudiante en Alcalá y Bolonia, de mediano bagaje cultural y aspirante frustrado a la tonsura eclesiástica que, como recuerdo de sus años de postulante entre los dominicos de Valladolid, conserva su misoginia (págs. 35 y 56). Este vástago de la nobleza castellana entra en la Orden de Malta, la cual le envía al Levante turco-griego para enterarse de la condición y suerte que han corrido los prisioneros del Gran Turco, a raíz de las acciones navales de los otomanos de las que se da cuenta en el *Viaje*. Nos recuerda el doctorando americano que la Orden tuvo siempre espías en Constantinopla (pág. 161, n. 7)⁴⁴, y como espía entra a servir a Sinán Bajá, figura central de la primera parte del libro. Aunque no es marino profesional, el fingido Pedro parece estar enterado de las actividades comerciales y de corso de los pueblos ribereños del Mediterráneo, conoce los nombres de almirantes, *kapudanes* y *arraeces*, distingue los tipos de embarcaciones y habla de la aptitud para el combate de los diferentes “hombres de mar” (“rogoceses, venecianos y gino-veses valían poco para la batalla”, pág. 167); informa de la escasez de remeros en la armada turquesa, conoce el número de cautivos y, finalmente, tiene acceso a la valija diplomática.

Markrich respalda las afirmaciones de Urdemalas con informes y relaciones de la época y documentos históricos. El diario (*Tagebuch*) de Hans Dernschwam, que figuraba en la embajada de A. Wranzy y F. Zay, coincide con el *Viaje* en la fecha de

⁴⁴ Markrich se apoya (f. 161, n. 7) en los datos que suministra W. Porter en *The Knights of Malta* (Londres, 1958), pág. 230. Apela también a la lista de espías que da A. González-Palencia en *Vida y obras de don Diego Hurtado de Mendoza*, I (Madrid, 1941), pág. 116, que yo no he tenido ocasión de consultar. También confirma la existencia de espías de la Orden, E. W. Schermerhorn en *Malta of the Knights* (Surrey, 1929), pág. 133, sin mencionar ninguno de ellos.

la enfermedad y muerte de Sinán (21 de diciembre de 1554); su enterramiento en Scutari está reseñado en la historia de Haji Khalifah ("Katib Çelebi")⁴⁵. La existencia de Fabrizio Pignatelli, caballero de la Orden, está corroborada por L. A. Muratori⁴⁶. Pignatelli (que nuestro Pedro llama 'Piñatelo', página 259), fue fundador en Nápoles de un hospital para peregrinos y probable fuente de información de nuestro héroe en cuanto al tejemaneje de administradores y enfermeros en las casas de beneficencia. Asimismo se corroboran las cifras de prisioneros (pág. 115) en la historia de Giacomo Bosio, *Della storia della sacra religione e illma. militia de S. Giovanni*, III (Nápoles, 1681, pág. 305), y en la historia de Muratori (X, parte II, página 125). Igualmente se confirma la existencia de personajes de la pequeña historia como Sanctán Mustafá (Markrich, f. 43, n. 51) y Rabí Ochanam, identificado como Salomón Ascanazi (id., f. 69, n. 70).

Parece ser que Markrich utilizó una de las ediciones de bolsillo (¿Austral 1.^a?), donde quizá se diga "procuré estar con la camarada de los caballeros, que eran entre comendadores y yo ..." (4.^a, pág. 53). Este pronombre personal debe ser un *no*, con lo cual se plantea una duda respecto a la condición del protagonista, pero creo que esta simple errata o lectura incorrecta del doctorando californiano no echa por tierra toda una hipótesis. Sus conclusiones tienen sentido si se tiene en cuenta que en los dos autos de fe de Valladolid de mayo y octubre de 1559⁴⁷ figuraban en las listas de acusados de luteranismo dos miembros de la Orden de San Juan, Cristóbal de Ocampo, sevillano, y don Juan de Ulloa Pereira, emparentado con la Casa

⁴⁵ *Katib Çelebi* es el título de nobleza que adjudican los turcos a Haji Khalifah, autor del *Tuhfetü l-Kibari fi esfari l-bihari* ("Regalo para nobles: historia de la campaña sobre los mares"). Copio de la trad. por J. Mitchel, *The History of the Maritime Wars of the Turks* (Londres, 1881; Nueva York, 1968), pág. 77.

⁴⁶ L.-A. Muratori, *Annali d'Italia*, X, parte II, pág. 222.

⁴⁷ El primer auto de fe tuvo lugar el 21 de mayo, con la presencia del príncipe don Carlos y la princesa Juana. Fueron sus víctimas el doctor Cazalla y su hermano Francisco Vivero. El cadáver de su madre, doña Leonor de Vivero, fue exhumado de su sepultura en la iglesia de San Benito y entregado a las llamas (Llorente, II, 221).

de la Mota de Toro. El primero de ellos murió en la hoguera; del segundo, nos da Llorente este bosquejo, que copio de la primera edición francesa de la *Histoire critique de l'Inquisition espagnole* (París, 1818):

“D. Jean Ulloa Pereyra, chevalier et commandeur de l'ordre de Saint-Jean de Jérusalem, habitant de la ville de Toro. Il était fils et frère des seigneurs de la Mota, qui furent bientôt après marquis. Ayant été condamné comme lutherien, il fut obligé de prendre le *san-benito*; on l'enferma dans une prison perpétuelle; ses biens furent confisqués; il fut déclaré infame, incapable de jouir des honneurs, dépouillé de l'habit et de la croix de son ordre, et exilé de Madrid, de Valladolid et de Toro, sans pouvoir néanmoins quitter le royaume.

Ulloa eut recours au pape en 1565, lui exposa la situation ou les inquisiteurs l'avaient mis, et lui rappela les services qu'il avait rendus à la religion en combattant contre les Turcs sur les galères de son ordre; et surtout s'emparant de cinq bâtiments du pirate Caramani Arraez, ainsi que dans les expéditions d'Alger, de Bugia et d'Afrique, après lesquelles l'empereur Charles V l'avait nommé premier capitaine et ensuite général d'une armée de terre, avec laquelle il avait la guerre en Allemagne, en Hongrie, en Transylvanie et dans d'autres pays; ...” (t. II, páginas 229-230).

Sería dato revelador el número de la ciudad donde Ulloa Pereira vivió durante su destierro: ¿Segovia, donde haría amistad con alguno de los Pedrarias?; ¿Burgos, de donde extrajo las menciones de “camino francés”, Santo Domingo de la Calzada, San Juan de Ortega y donde parece haber localizado el colono? ⁴⁸. Pero ¿dónde estudió este caballero de Malta metido

⁴⁸ En el Ms. 3.871 se escribió primeramente *camino real*, tachando después la segunda palabra sustituida por *francés*. Esta rectificación sugiere que el autor escribía tanto en Valladolid como en Burgos y es claro su propósito de desorientar al posible lector. Serrano y Sanz da por seguro que el diálogo tiene lugar en la ciudad del Pisuerga, siguiéndole en esta opinión Markrich. J. García Morales, autor de otra de las ediciones (Aguilar, 1946, pág. 34, n. 1), se decide también por Valladolid. Bataillon nos brinda la terna Burgos-Valladolid-Madrid: creo personalmente que podemos justificadamente prescindir de Madrid.

La opción por una de las dos ciudades restantes, Valladolid o Bur-

a espía en el Serrallo (el *cerraje* según su particular terminología)? ¿Estudiaría con los dominicos de San Gregorio de Valladolid, donde leería la *Luz del alma*, de Fr. Felipe de Meneses, pasando después a estudiar Súmmulas y Lógica en Alcalá? No hay duda que si no tenía mucho de helenista, tenía un tantico de latino: por sus citas de los evangelios, de San Pablo y de los Salmos, nos le imaginamos de beneficiado o capellán en consonancia con su jerarquía de comendador o caballero de la Orden. Y que habiendo servido en las galeras de la Religión, se muestra prolijo en la descripción de su fuga por mar, en contraste con la parquedad de detalles de su escapada por tierra. Por otra parte, las menciones de Toro (pág. 266), de Fuente-saúco (pág. 269), de Medina y “su joyería” (pág. 270), con la cuádruple mención de Valladolid (págs. 72, 76, 134 y 279), también le acreditan como residente en tierras de las riberas del Duero.

Podría también echarse en el platillo de la balanza en favor de esta tesis el juicio de Gonzalo de Illescas, que en su *Historia Pontifical* afirma que todos los presos de Valladolid, Sevilla y Toledo “eran personas alto calificadas, los nombres de los quales yo quise callarlos para no m̄azillar con su ruin fama la

gos, es difícil. Por una parte, se dice en un contexto “... y agora, como veis, nos estamos en la corte” (pág. 25), en cuyo caso no hay duda si el diálogo o su dedicatoria se fechan en 1557. En otro pasaje, el autor escribe “... trátalos como los que acá los tienen en Valladolid, ...” (página 72), pero el adverbio *acá* no es especificativo, puesto que también se dice más adelante “... como acá de Toro, ...” (pág. 266). O bien podría ocurrir que una parte de la obra se escribe en Valladolid y otra parte en Toro.

Pero, a su vez, la mención de *peregrinaje* y *Señor Santiago*, hace pensar en la otra ciudad castellana. Burgos tiene además en su favor el hecho de que el supuesto peregrino termina su narración con las palabras “... Álava y Victoria (*sic*), y de Victoria aquí, ...” (pág. 195), y este *aquí*, en la ruta de Santiago, no puede ser más que Burgos. Líneas más adelante se alude a “un hospital de los sumptuosos de España, que no lo quiero nombrar, pero sé que es Real” (pág. 26), indudable alusión al de Las Huelgas, lo cual se corrobora también por las primeras palabras del coloquio, *La más delectosa salida*...: esta voz *salida* indica la dirección del camino y del caminante, que viene de Vitoria, atraviesa Burgos por el paseo del Espolón y *sale* por el de la Isla en dirección a Las Huelgas.

buena de sus mayores”⁴⁹. Efectivamente, en la relación que nos da Llorente (ob. cit., págs. 220-231), entre penitenciados y reconciliados, figuran varios miembros de las familias Vivero-Cazalla, Sarmiento, Rojas y Ulloa, vecinos de Valladolid y Toro. La madre del doctor Cazalla, doña Leonor de Vivero, era esposa de Pedro Cazalla, jefe de contabilidad de las finanzas del Rey, y tenía una capilla sepulcral en el convento de San Benito el Real. Pedro Sarmiento de Rojas, hijo del primer marqués de Poza, era caballero de Santiago; sus hermanos, entre ellos la marquesa de Alcañices, fueron denunciados por luteranos y condenados, algunos de ellos, a llevar el sambenito. El primer marqués de Poza estaba casado con doña María Sarmiento, hermana de Juan de Ulloa, y ambos hijos de Diego Gómez de Sarmiento, conde de Salinas, y María de Ulloa, marquesa de la Mota de Toro. En el segundo auto de fe (octubre de 1559) fueron víctimas de la vesania inquisitorial Pedro Cazalla, hermano de Agustín, y don Luis de Sesó, caballero italiano, regidor de Toro, esposo de Isabel de Castilla, hija de un caballero de la Orden de Alcántara. (Nuestro Juan de Ulloa, después de su rehabilitación, ocupó la plaza de regidor de Toro en 1573.)

Además, en la relación titulada *Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo*, se menciona una obra “escrita por un caballero de Rhodas, en la que se habla del Estado de la Casa y Corte del Gran Turco y la orden de su gente de guerra, y de su contaduría”⁵⁰.

Pero nuestras conjeturas no pasan de ahí y no nos queda otro recurso que esperar a que futuras investigaciones sobre la correspondencia de la Orden de Malta nos revelen el nombre de algún español residente en Constantinopla en aquellos años cruciales. Y quizá tendremos que dar por perdida la empresa en vista de la habilidad y sigilo con que el autor escribió y guardó su obra, burlando las pesquisas de la Suprema y apartándola de las indiscretas miradas del futuro investigador.

FERNANDO G. SALINERO.

⁴⁹ Gonzalo de Illescas, *Historia Pontifical y Cathólica* (Burgos, 1578), pág. 451.

⁵⁰ Madrid, SBE, 1913, pág. XCII (según Markrich, pág. 175, n. 1).